

La tiranía del mérito

¿Qué ha sido del bien común?

SANDEL, MICHAEL J.

Barcelona, Debate, 2020.



En *La tiranía del mérito* Sandel trata de dar respuesta al porqué del surgimiento de los llamados “populismos autoritarios” y las tonalidades emotivas de odio y resentimiento que los acompañan. Según el autor, tanto las comunidades locales como las nacionales están atravesadas por la dicotomía ganadores/perdedores de la globalización y por el consiguiente distanciamiento social. En esta dicotomía la posibilidad de tener éxito depende de la formación y la educación, la preparación para competir en el marco de una economía global. En este orden de cosas, la función de los gobiernos consiste en procurar las mismas oportunidades de recibir la formación en la que se fundamenta el éxito. Esto tiene

como consecuencia que quienes tienen éxito, quienes alcanzan los lugares privilegiados de la sociedad, consideran que se merecen el éxito que poseen; y, de la misma manera, quienes han quedado rezagados también son considerados merecedores del lugar que ocupan. Los ganadores creen que su éxito es merecido, creación suya; los perdedores, por su parte, acumulan ira y resentimiento, emociones y afectos que,

según Sandel, están a la base del surgimiento de los populismos autoritarios.

Sandel reconoce que la fe en el ascensor social ya no está operativa, que la retórica de las oportunidades ya no posee fuerza inspiradora. Escribe Sandel: “más que una protesta contra los inmigrantes y la deslocalización, la queja populista va dirigida contra la tiranía del mérito. Y está justificada”¹. Considera que lo meritocrático es lo propio de las élites, un ideal de las élites. La meritocracia actual ha derivado en una especie de “aristocracia hereditaria”. Creo que Sandel se equivoca al obviar lo más propio del proyecto reaccionario: recobrar la fe en el proyecto meritocrático señalando como chivo expiatorio a las minorías que lo impiden. Los llamados populismos autoritarios no son tanto una respuesta a *la tiranía del mérito*, como a la supuesta *tiranía de las minorías*.

La forma propiamente reaccionaria de politización apunta a un agravio comparativo: otros (las minorías) le han arrebatado aquello sobre lo que creían tenían derecho. La clase media, el sujeto que encarnaba *el sueño americano*, se ha roto. Ha perdido la posibilidad de encarnar el país y por ello mismo han sido relegados y condenados al olvido. Consideran que no merecen caer a los lugares de la marginación, pues no es su lugar natural. Por eso caen en lo reaccionario y en el pesimismo: todas sus demandas comienzan con ‘recobrar’, ‘restaurar’, ‘devolver’. “Los perdedores” son aquellos que considera que le están arrebatando sus derechos naturales. Y pretenden expulsar a quienes se han entremetido y les impiden volver a ser. El reverso de conseguir éxito a través de la meritocracia, de volver a hacer posible *el sueño americano*, es el intento de evitar el fracaso. De ahí su rencor, defensivo y reaccionario, y la pulsión por la restauración de algo perdido. O sea, el futuro anhelado como promesa de retorno.

Thomas Jefferson, el tercer presidente de EE.UU., dijo a principios del siglo XIX que “la naturaleza es la que asigna las clases”. La clase media siempre fue hija de esta concepción. Y la clase media considera que hoy se ha producido una desnaturalización del estatus que por naturaleza les corresponde. Ninguna otra clase hizo tan suyo *el sueño americano*, la posibilidad de progresar en función de las aspiraciones, el talento y la disciplina individual. La clase media considera que le han arrebatado su legado y han sido relegados al córner de la historia al erosionar sus “legítimos privilegios”. De ahí la nostalgia de una jerarquía natural deshecha, por una prosperidad asociada al imaginario de emprendimiento y esfuerzo con bajos impuestos. Es necesario, entonces, mecanismos restauradores que permitan recuperar lo perdido frente al orden natural alterado por las luchas de las minorías.

Así, las antiguas clases medias han devenido superfluas, innecesarias, carentes de uso. Han dejado de poseer el monopolio de la indispensabilidad como condición

¹ Sandel, Michael J., *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?*, Barcelona, Debate, 2020, p. 37.

necesaria para el buen funcionamiento del orden social. La sociedad no las necesita, le va igual de bien sin ellas. Han sido desechadas porque ya habían sido construidas como desechables, declaradas superfluas, poco atractivas y sofisticadas, inferiores. En cierto modo, “los perdedores” ocupan hoy el lugar del otrora “ejército de reserva”. Una no-clase desclasada, sin estatus social definido, “extraños cercanos” en tierras vacías y de nadie. El proyecto reaccionario penetra justamente en ese carácter superfluo, politizando supuestas razones evidentes que justifican la reivindicación del derecho a ser lo que fueron.

Lo que las clases medias ansían no es, como sostiene Sandel, el rechazo a *la tiranía del mérito*, sino el retorno de la ficción jurídica de la igualdad de oportunidad, eje del *sueño americano*, que el mercado de opciones de vida sea neutro y no se privilegie las formas de vida progresistas. Las clases medias se sienten hoy fuera de juego, cuales existencias residuales. Esa no fue nunca su condición de partida, como ocurre con las capas sociales empobrecidas en los lugares del mundo con índices altísimos de pobreza, sino el lugar al que los ha arrojado la globalización neoliberal. Pero ese miedo al abandono y la exclusión, la amenaza permanente de que tal condición se actualice, atraviesa a un espectro amplísimo de la sociedad, no sólo a un segmento sociológico específico. Es una posibilidad generalizada. Pero la construcción subjetiva de “los perdedores”, ese modo de hacer pueblo fundado en “la lógica desigualitaria”, introduce un nuevo antagonismo: las élites progresistas vs los perdedores.

François Dubet² sostiene que el resentimiento de nuestros días tiene su explicación no tanto en la amplitud de las desigualdades, sino en “la transformación del régimen de desigualdades”. Las desigualdades ya no son percibidas como inscritas en la estructura social, sino en una dimensión individual. Es este nuevo régimen, las “pequeñas” desigualdades parecen más pertinentes que las “grandes”. Desde esta perspectiva, podemos decir que para los perdedores las grandes desigualdades, aquellas que nos oponen al 1% más rico, son menos significativas que las desigualdades que nos distinguen, y nos ponen en entredicho, con quienes nos cruzamos todos los días en nuestros espacios cotidianos. En este nuevo régimen, nos comparamos con quienes tenemos más cerca.

Que el antagonismo trazado por “los perdedores” no apunte hacia arriba, a capitalistas o patrones, sino a los que consideran más abajo del estrato social, a las minorías, se debe a que la clase media siempre consideró que los de arriba están en su legítimo derecho de estar arriba. Es una lógica de la adecuación, un sentido

² Dubet, François, *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y al resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020.

platónico de la justicia, el derecho natural a ser ricos y poderosos y el derecho a ser pobre. Aceptan a los ricos porque entienden que existe una correspondencia meritocrática entre esfuerzo y recompensa. No cuestionan los privilegios de los ricos porque el sueño de la clase media es aspiracional: ellos también pueden llegar ahí con esfuerzo, pueden llegar a ser lo que quieran. Y en este contexto de crisis, todas las escenas de igualdad son vividas como humillaciones y ofensas. La lucha de las minorías es el punto simbólico que muestra la inversión competitiva de nuestra época: élites progresistas privilegiadas vs los perdedores, hombres blancos de clase trabajadora, como nuevas minorías oprimidas.

De resultas, el fin de la promesa meritocrática se convierte en un narcisismo herido. Esa es la construcción reaccionaria de “los perdedores”, una minoría para la que no existen leyes de discriminación positiva. El varón blanco heterosexual, construcción de identidad hegemónica, normal y neutral, con voluntad de dominación y exclusión, se siente amenazado. Han convertido a supuesta mayoría silenciosa en una minoría oprimida, el quiebre de una jerarquía simbólica. He aquí la politización de las fuerzas reaccionarias partiendo de los malestares de la identidad blanca olvidada frente a la atención que las minorías raciales y sexuales reciben por parte de las élites.

ANTONIO GÓMEZ VILLAR